

Viejas, nuevas y novísimas guerras: la conflictividad desafía la modernidad

JOSÉ MANUEL PUREZA / TATIANA MOURA

NÚCLEO DE ESTUDIOS PARA LA PAZ. UNIVERSIDAD DE COIMBRA. PORTUGAL

Resumen

La comparación entre los sistemas políticos, objetivos de guerra, tipo de ejército, técnica militar y economía de guerra de las llamadas viejas guerras y de las nuevas guerras nos revela un *continuum* y una articulación de las causas de la violencia y de las guerras, que, a su vez, tienen manifestaciones cada vez más locales (a pesar de sus impactos globales). Y subraya también la necesidad de repensar categorías y adaptar conceptos.

De hecho, los contextos de paz formal (y violenta) en que emergían las viejas guerras interestatales se transformaron, después del final de la Guerra Fría, en escenarios de un nuevo tipo de conflictividad violenta, a los que se ha llamado «nuevas guerras». Sin embargo, los abordajes tradicionales sobre esas «viejas guerras» invisibilizaron las señales de emergencia de los nuevos tipos de conflictividad, ya que éstos no correspondían a ninguna definición tradicional de guerra. Las características de estas (nuevas) manifestaciones de la violencia han ido desafiando las fronteras entre lo que se define como guerra y lo que se define como paz.

Sin embargo, los conceptos o definiciones de conflicto y de guerra no son inmutables y estáticos, son conceptos dinámicos y deben tener capacidad de adaptación a las nuevas realidades. Nuestra propuesta es precisamente que hoy día, hay espacios de indefinición o «sin nombre», normalmente entendidos como contextos de paz formal, pero que pueden contener indicios del surgimiento de *nuevísimos* tipos de conflictividad, cuestionando y poniendo en duda las distinciones estanques y herméticas entre escenarios de paz formal, guerra y posguerra.

Palabras clave: viejas guerras, nuevas guerras, novísimas guerras, paz.

Abstract

Comparing the political systems, war objectives, type of army, military technique and war economics of the so-called new wars reveals a continuum and a connection of the causes for violence and wars which, in turn, present increasingly local signs (in spite of their global impact). It also stresses the need for rethinking categories and adapting concepts.

In fact, after the end of the Cold War, the contexts of formal (and violent) peace in which the old wars between states broke out were transformed into scenes that showed new types of violent conflict, which were to be called "new wars". However, the traditional approach

ches towards the “old wars” made the emergency signs of these new types of conflict invisible, since these did not match any traditional definition of war. The characteristics of these (new) acts of violence have progressively challenged the dividing line between what is defined as war and what is defined as peace. However, the concepts or definitions of conflict and war are not immutable and static but dynamic, and must be able to adapt to new realities. Our proposal is precisely that today there are ill-defined or “nameless” spaces that are usually understood as being contexts of formal peace, but that can include signs of emergence of very new types of conflictive situations. This fact questions and casts doubt on the watertight distinctions between settings of formal peace, war and postwar.

Key words: old war, new war, very new war, peace.

1. DE LAS VIEJAS A LAS NUEVAS GUERRAS

El final de la Guerra Fría marcó el inicio del debate sobre la debilitación, erosión o incluso disolución del estado-nación, al nivel interno e internacional, en particular en lo que respecta al monopolio público de la violencia. Algunos autores defienden que el siglo xx correspondió, simultáneamente, al apogeo y agotamiento del estado-nación, al totalitarismo y a la abolición generalizada de las guerras interestatales (Kaldor, 2001; Duffield, 2001).

Este debate fue impulsado, en gran medida, por la emergencia de una nueva fase de las manifestaciones de las guerras – las *nuevas guerras* – con actores, conductas e intereses antagónicos que no encajan en las anteriores definiciones y análisis de los conflictos bélicos. Las décadas de los 80 y 90 quedaron, de hecho, marcadas por unos cambios profundos en las referencias de análisis de la conflictividad internacional. Las nuevas guerras han venido a contrastar con la conflictividad de matriz westphaliana, que correspondió sobre todo a la construcción del estado moderno, territorial, centralizado y jerárquicamente ordenado.

Si a la construcción del estado moderno han estado subyacentes las guerras interestatales (y viceversa), los cambios en los patrones de la violencia organizada, que han ido ilustrando la ruptura con la modernidad, pueden reflejar o ser consideradas la causa de la erosión del estado –o de una unidad política característica de una región, la Europa occidental–. Pero deben, ante todo, ser entendidas en el contexto del proceso de globalización –intensificación de conexiones políticas, económicas, militares y culturales globales–, un proceso contradictorio que presupone simultáneamente integración y fragmentación, homogenización y diversificación, mundialización y localización (Kaldor, 2001: 3).

En este sentido, el (supuesto) proceso de erosión del monopolio de la violencia organizada por parte del estado fue impulsado, simultáneamente, por la transnacionalización de las fuerzas militares durante las dos Guerras Mundiales y la institucionalización del sistema de bloques durante la Guerra Fría (una erosión desde arriba), y por la privatización (desde abajo), a través de un proceso que se puede considerar el opuesto de los procesos a través de los que nacieron los estados modernos. O sea, las nuevas guerras ocurren en situaciones de declinación de la economía formal, de frágil legitimidad política y de privatización de la violencia.

Mary Kaldor fue pionera en la definición y análisis de este nuevo tipo de conflictos violentos, defendiendo que estas nuevas guerras corresponden a un nuevo tipo de violencia organizada, que es diferente porque hace que no se vean las diferencias entre guerra, crimen organizado (violencia conducida por grupos de organización privada, con objetivos privados, normalmente el beneficio financiero) y violaciones a larga escala de los derechos humanos (en general por parte de estados o grupos políticamente organizados contra individuos).

En contra de la interpretación que determinó los debates de la pos-Guerra Fría sobre el carácter de la nueva conflictividad, Kaldor defiende que las guerras de los años 90 no son sólo guerras civiles producidas por conflictos étnicos, o que hemos ido asistiendo a una mera privatización de la violencia. En realidad, cuando hablamos de casos como el de Bosnia o Ruanda, hablamos de conflictos políticos, que envuelven al poder estatal y otras formas de fuerzas privadas, y en los que las políticas de identidad han sido un medio a través del cual las elites políticas legitimaron sus objetivos y reprodujeron su poder.

Las nuevas guerras contrastan con las guerras consideradas tradicionales en lo que respecta a sus actores (agentes y víctimas de la violencia), métodos de guerra (conductas), objetivos (intereses antagónicos) y el modo de financiación (Kaldor, 2001: 6; Romeva, 2003).

Las viejas guerras tenían como principales actores o agentes de la violencia los estados y los ejércitos –unidades jerárquicas verticalmente organizadas. Sus objetivos eran ideológicos y geopolíticos. Los métodos de guerra utilizados pasaban por la captura de territorio a través de medios militares, es decir, la esfera pública era el escenario de la violencia –las batallas constituían los encuentros decisivos de las viejas guerras. La economía de guerra, en particular en la I y II Guerra Mundial, era una economía de movilización, centralizada y totalizadora.

En las nuevas guerras, los principales actores o protagonistas de la violencia difícilmente se distinguen de la población civil, y envuelven una

gran diversidad de grupos, unidades paramilitares, señores de la guerra locales, facciones criminales, grupos de mercenarios, fuerzas de la policía, pero también ejércitos regulares, incluyendo unidades disidentes de ejércitos regulares (Kaldor, 2001). Estas unidades de combate se caracterizan por el uso alargado de armas pequeñas y livianas (que son más fáciles de transportar, más precisas y pueden ser utilizadas por soldados sin formación especial), por el recurso a nuevas tecnologías (como teléfonos móviles e Internet), recurren a nuevos métodos para obtener el control político, la creación y manutención de un clima de odio, miedo e inseguridad.

Las nuevas guerras pueden ser vistas como una forma de aprovechamiento, material y humano, de lo que sobró de la Guerra Fría –en particular de las armas acumuladas a lo largo de décadas, y que ofrecen, por otra parte, una alternativa económica (aunque muchas veces ilegal) a antiguos soldados y combatientes de ejércitos tradicionales.

La sociedad civil es simultáneamente el escenario y el blanco de la violencia organizada, que tiene lugar en la esfera privada y que por esta razón, hace que sus espacios o territorios de actuación, sus actores y sus víctimas se vean privatizados. O sea, la población civil asume el papel de actor pero es también alcanzada por una conducta o estrategia utilizada para lograr un objetivo, en estas nuevas guerras. Así pues, lo que era considerado como efecto secundario indeseable e ilegítimo de las viejas guerras se ha convertido en un elemento esencial en la forma de lucha o de conducta de los actores de las nuevas guerras, rehusando límites normativos (Kaldor, 2001).

En opinión de Mark Duffield (2001), más que expresiones de ruptura o de caos, las nuevas guerras pueden ser entendidas como una forma de guerra en red (*network war*) no territorial que actúa a través y alrededor de los estados. Es decir, guerras que se basan en redes cada vez más privatizadas de actores estatales y no estatales que actúan más allá de las competencias convencionales de gobiernos definidos territorialmente. En vez de ejércitos o estados, estas guerras alían u oponen redes políticas, económicas o sociales. En la medida en que todos formamos parte de alguna red, estas guerras no reconocen la existencia de población civil en el sentido tradicional o westfaliano del término, y presuponen la eliminación de una red social.

Se trata de guerras que atenúan las distinciones entre personas, ejércitos y gobiernos (Van Creveld, 1991), que resultan, y al mismo tiempo originan, un desdibujarse de las fronteras (entre lo interno y lo externo, por ejemplo) que anteriormente se consideraban rígidas y bien definidas. Frente a la retirada de la seguridad estratégica y del apoyo económico po-

sibilitado anteriormente por las superpotencias y ante la consecuente ausencia de mecanismos de atribución de responsabilidades y de la inexistencia de autoridad y seguridad, la violencia se dirige más fácilmente contra la población civil. Sin embargo, lejos de ser una «aberración periférica», esta guerra en red es sinónimo de la emergencia de nuevas formas de protección, legitimidad y derechos (Duffield, 2001: 14).

Los objetivos ideológicos de las viejas guerras han sido sustituidos. Las guerras con legitimación ideológica han sido sustituidas por guerras por recursos, y la violencia ha dejado de ser una excepción, o un acontecimiento temporal, para convertirse en un elemento importante de la supervivencia política y económica en lugares que carecen de alternativas. David Keen (1995 en Faldor, 2001: 106) afirma que

[...] una guerra en que se evitan las batallas pero que alcanza a la población civil no armada y en que se compran Mercedes tal vez tenga más sentido... [que] arriesgarse la vida en nombre del estado-nación sin ninguna perspectiva de un beneficio financiero significativo.

Para Duffield, la característica más marcada de estas nuevas guerras es el desarrollo de economías políticas de guerra o de sistemas de financiación que se basan en la explotación y exportación de recursos naturales, cultivo y exportación de drogas, tráfico de armas, etc., que se reproducen en un sistema de renovación de la violencia. Estas actividades económicas ilegales no son un proceso anárquico, forman parte de una amplia economía paralela de ámbito local, nacional, regional e internacional, permitiendo que el conflicto se alargue y que se convierta incluso en un incentivo al propio conflicto. Según las palabras de Kaldor (2001: 110)

la guerra ofrece una legitimación para las diversas formas criminales de enriquecimiento privado, pero al mismo tiempo éstas son fuentes necesarias del dividendo para mantener la guerra. Las partes en conflicto necesitan de un estado de conflicto más o menos permanente para reproducir sus posiciones de poder y para tener acceso a recursos.

Pero lejos de ser una consecuencia del colapso del estado moderno, la perpetuación de estos conflictos es también un producto del sistema interestatal, una vez que los propios estados actúan muchas veces como guardaespaldas de otros actores transnacionales.

Esta nueva economía de guerra –*economía de guerra globalizada o nueva economía política da guerra*– prácticamente se opone a las economías de guerra que posibilitaron, por ejemplo, la I y la II Guerra Mundial, centralizadas. Frente a los elevados índices de desempleo y de desigualdades sociales, la disminución de la producción interna, de los dividendos

provenientes de los impuestos, y de la destrucción física típicos de estos contextos, estas economías de guerra son altamente descentralizadas y dependientes de recursos externos (especialmente de remesas del extranjero, como las provenientes de las diásporas, de la propia asistencia humanitaria y de las redes de comercio ilegal). La violencia depende de estas fuentes de financiación para mantenerse y perpetuarse y, a su vez, esta economía sólo se mantiene a través de un *continuum* de violencia que cruza fronteras.

La nueva economía de guerra globalizada corresponde, en síntesis, a una condición social predatoria que, pese a que sea más común en zonas de conflicto, afecta a las economías de regiones envolventes. Es posible, por lo tanto, identificar aglomerados de economías de guerra en muchas regiones del mundo (Kaldor, 2001: 9), cosa que dificulta la distinción entre zonas de guerra y zonas de paz.

Kalyvas (2001) analiza esta línea de argumentación que pretende distinguir entre «viejas guerras civiles» y «nuevas guerras civiles» de la pos-Guerra Fría y critica la lectura dicotómica que sostiene. La mayoría de las distinciones entre viejas y nuevas guerras civiles defiende que las «[...] nuevas guerras civiles tienen características criminales, son despolitizadas, privadas y predatorias, mientras que las viejas guerras civiles son consideradas ideológicas, políticas, colectivas e incluso nobles» (Kalyvas, 2001: 100).

Esta distinción se hace alrededor de tres dimensiones: causas y motivaciones, apoyo popular y violencia. En primer lugar, se defiende que las viejas guerras civiles eran motivadas por ideologías de cambio social, bien definidas, claramente articuladas, universalistas, mientras que las nuevas guerras civiles tienden a estar motivadas por preocupaciones que van más allá del mero provecho privado, recurriendo a la distinción entre ganancia (*greed*) y resentimiento (*grievance*) propuesta, entre otros, por Collier y Hoeffler (2000). Kalyvas añade a este propósito el argumento utilizado por Enzensberger que refiere la ausencia de objetivos de las nuevas guerras civiles, al afirmar que «lo que confiere a las guerras civiles de hoy un carácter nuevo y atemorizador [...] es el hecho de que son guerras sobre ninguna cosa» (Enzensberger, 1994 en Kalyvas, 2001: 103).

En sentido opuesto, Duffield defiende que «las nuevas guerras están orgánicamente asociadas a un proceso de transformación social: la emergencia de nuevas formas de autoridad y de zonas de regulación alternativa» (2001: 14). Una segunda distinción entre viejas y nuevas guerras civiles pone de relieve que las primeras nacían supuestamente de la acumulación de resentimientos populares, asumiéndose por lo tanto que tenían en su

base un apoyo popular considerable, mientras que en las nuevas guerras civiles los actores políticos parecen no tener tal apoyo. Sin embargo, las lealtades individuales en las viejas guerras civiles, tal como en las nuevas guerras civiles, están más influenciadas por divergencias locales, en constante cambio, que por discursos impersonales que utilizan el lenguaje de las divisiones nacionales, de los resentimientos colectivos (Kalyvas, 2001: 109-111).

Finalmente, la tercera dimensión en torno a la que parece basarse la distinción entre viejas y nuevas guerras civiles es la violencia: violencia controlada de las viejas guerras civiles *versus* violencia gratuita de las nuevas guerras.

Robert Kaplan (1994) defiende que el desarrollo de las guerras tras el final de la Guerra Fría revela la irracionalidad de los actores, apuntando hacia una despolitización de la violencia y cuestionando incluso la utilidad de buscar causas para las nuevas guerras. Kalyvas (2001: 115) revela, empero, que la idea de que las guerras civiles son gratuitamente crueles es anterior a la emergencia de las llamadas nuevas guerras civiles:

[...] la violencia de los más fuertes puede expresarse a través del uso de explosivos o bombas de napalm. Pero estas armas no son distintas a las granadas de mano tiradas de lo alto de los tejados; de hecho, éstas harán más víctimas inocentes.

Por otro lado, la falta de sentido de la violencia de las nuevas guerras civiles no es tan gratuita como aparenta: es estratégica. Así, por ejemplo, las atrocidades cometidas en Sierra Leona (1998-1999), en Bosnia (1992) o en el Congo (1997-2000) han sido cuidadosamente planeadas y centralizadas, resultantes de una estrategia orquestada para aterrorizar a las víctimas, apoyadas y controladas a partir del exterior.

En resumen, hay mucho de construido en esta visión que opone viejas a nuevas guerras civiles. Sin embargo, puede decirse que el énfasis dado a las notas de despolitización y criminalización de las guerras civiles más recientes no es tanto la expresión de una novedad empírica sino el resultado de la falta de categorías conceptuales adecuadas, o sea, el hecho de que se trate de conflictos que no se ajustan a una determinada concepción de guerra.

Estos espacios o zonas de indefinición no son, sin embargo, recientes. A lo largo del siglo xx (en particular en la segunda mitad del siglo) las bajas de guerra no ocurrieron sólo durante conflictos armados considerados tradicionales, en guerras con fronteras perfectamente nítidas. Como recuerda Mary Kaldor (2001), al mismo tiempo en que se vivían guerras

asumidas en cuanto tal, en particular en Europa, eclosionaron conflictos en los que murieron más personas que en la II Guerra Mundial. Sin embargo, como estas guerras no se ajustaban a una determinada concepción de guerra, no se las tuvo en consideración, se las vio como periféricas, marginales, conflictos de baja intensidad, guerras irregulares e informales y por lo tanto encubiertas por la importancia de conflictos considerados centrales.

Estas formas de violencia que no se ajustaban a una determinada concepción de guerra con actores, técnicas y estrategias atípicos, han llegado a ser, ya en nuestros días, académica y políticamente aceptadas como guerras en serio, reconocidas por la comunidad internacional en cuanto tal. No obstante, y porque constituyen una condición social predatoria, estas nuevas guerras son prolongadas y difíciles de terminar, ya que los intentos de respuesta son, en gran medida, formateados por un entendimiento sobre la guerra que ya no corresponde a la realidad y no tiene en consideración relaciones sociales y de poder subyacentes.

Las nuevas características de la violencia hacen, de hecho, que las diferencias entre las zonas de combate y las zonas de paz aparente no sean tan claras como en épocas anteriores y que, en este nuevo escenario, tal como apunta Kaldor (2001: 143).

Así como es difícil distinguir entre lo político y lo económico, lo público y lo privado, lo militar y lo civil, [sea] también cada vez más difícil distinguir entre la guerra y la paz.

La economía política de las guerras contemporáneas revela cómo las zonas de paz y de guerra son interdependientes, y cómo las estructuras de violencia en las zonas de conflicto están claramente ligadas a las relaciones de poder internacionales. En este sentido, algunos autores llegan incluso a rehusar el concepto de «guerras intraestatales» para caracterizar estos conflictos (Jung, 2003: 2).

Las condiciones de la guerra y de la paz se han convertido, en este sentido, en relativas; ya no se consideran absolutas u opuestas. La proliferación de armas pequeñas, los niveles de violencia, muerte y desplazamiento aproximan las zonas de paz y de guerra. La paz se ha vuelto una condición relativa, revelando la persistencia de economías políticas violentas.

Según las palabras de Duffield, muchas de las guerras de los años 90 surgen como una amplificación de las relaciones internas y contradicciones que determinaron la paz formal de períodos anteriores que, al final, ya correspondía a una paz violenta, o a una zona de indefinición (2001: 188-189).

Hemos ido asistiendo, por lo tanto, a una tendencia a la materialización de una nueva geografía de la violencia organizada, a una escala cada vez más micro, con guerras locales que resultan, tienen impacto y dependen de la escala global.

2. DE LAS NUEVAS A LAS NOVÍSIMAS GUERRAS?

En contraposición a las viejas guerras westfalianas, en las nuevas guerras de la pos-Guerra Fría la permanencia de un estado de conflicto de alta intensidad es asumida como condición para que se verifiquen los dos objetivos estratégicos pretendidos: la (re)negociación de las posiciones de poder y el acceso a recursos (Kaldor, 2001: 110). La violencia ha dejado de ser, por tanto, una excepción –un momento de intensa irracionalidad y violencia, pero con un comienzo y un fin claros– para transmutarse en expresión instalada de una cultura de violencia, con una intensidad y una radicalidad inconstantes.

Pero esa persistencia de una cultura de violencia se ha hecho un elemento crucial de supervivencia política y económica en muchas regiones del mundo, satisfaciendo las nuevas economías políticas de guerra, que dependen de este *continuum* de violencia. Esta nueva condición de la guerra corresponde, como subraya Duffield, a una economía de guerra globalizada, que redefine el propio estatuto material y simbólico de la periferia del sistema mundial, regresando a una especie de salvajería primordial, una condición social predatoria que, aunque sea más común y más visible en zonas de conflicto, afecta igualmente a las regiones envolventes.

La existencia de aglomerados de economías de guerra en varias regiones del mundo (Kaldor, 2001: 9) dificulta, por un lado, la distinción entre zonas de guerra y zonas de paz. Pero, ante todo, nos revela que, en el contexto de la economía política de las guerras contemporáneas, las zonas de paz y de guerra se volvieron interdependientes, y que las condiciones de la guerra y de la paz no son ya absolutas y opuestas, sino relativas.

Muchas de las guerras de los años 90 surgieron como una amplificación de las contradicciones y relaciones internas que determinaron la negociación formal de la paz en momentos anteriores, que correspondía, al final, a una paz violenta o a una zona de indefinición (Duffield, 2001: 188-189). Por otro lado, estas nuevas guerras se integran en un *continuum* de violencia que cruza fronteras, en que la emergencia de aglomerados de economías de guerra y la interdependencia entre zonas de paz y zonas de guerra son rasgos definidores esenciales.

¿Estaremos presenciando la creación de nuevas, o de novísimas zonas de indefinición o zonas de paz violenta, que se han alimentado y al mismo tiempo han posibilitado la perpetuación de la economía política de las guerras contemporáneas? ¿Estarán emergiendo novísimas guerras en las entrelineas, en las brechas de las nuevas guerras? Las guerras irregulares e informales de la segunda mitad del siglo xx fueron el prelude de las nuevas guerras de los años 90, que en opinión de Kaldor tienen todavía objetivos políticos –porque reivindican el poder estatal– y que pasan todavía por la reclamación de poder con base en las propias identidades (2001: 69). ¿Estará emergiendo actualmente un nuevo tipo de violencia que, por no corresponder (todavía) a ninguno de aquellos requisitos, es considerado irrelevante en el estudio de las guerras en serio?

Las nuevas guerras difieren de la paz violenta en lo que toca a escala o grado, más que en lo que respecta a las condiciones absolutas u opuestas: la existencia de un conflicto armado declarado presupone la existencia de nichos de autoridad con poder suficiente para movilizar redes transnacionales necesarias para sostener esa violencia (Duffield, 2001). La dinámica de diseminación física de la violencia organizada y armada, a una escala cada vez más micro –y, con todo, globalizada– está muy patente en las zonas de indefinición, donde la guerra se confunde con la paz. Aún en contextos de paz institucionalizada –ya sea en sociedades que atraviesan un período de reconstrucción posbélica, o en sociedades salidas de regímenes autoritarios que viven un período de transición democrática– se identifican los «nichos de autoridad con poder suficiente para movilizar redes transnacionales» que permiten la perpetuación de las nuevas guerras, por un lado, pero que, y ante todo, contribuyen a la reconfiguración de un nuevo tipo de violencia, nuevísimas guerras (Moura, 2005), con actores, conductas y objetivos que son simultáneamente comunes y distintos de las nuevas guerras.

En sociedades que viven procesos de reconstrucción posconflicto dominados por preocupaciones inmediatas y por un cuadro de referencias políticas, económicas y sociales de corte neoliberal, fácilmente se opera una transferencia de la violencia militar anterior a una violencia social diseminada, en la que el arsenal de cultura de violencia acumulada a lo largo de décadas brota como violencia armada (organizada). Uno de los mayores legados de las nuevas guerras es la disponibilidad de armas de fuego. En El Salvador, por ejemplo, se estima que un millón y medio de armas estén en posesión privada, y que de ese número únicamente un tercio esté legalmente registrado (World Vision, 2002). Como pone de relieve Kaldor (2000), en la medida en que los varios actores de las nuevas

guerras dependen de la violencia continuada, los momentos de alto-el-fuego y los acuerdos de paz corresponden frecuentemente a treguas y a pausas que no alcanzan las relaciones sociales subyacentes.

Por otro lado, e incluso fuera de estos contextos identificados de reconstrucción posbélica, se registran situaciones de hiperconcentración territorial de violencia armada en contextos más vastos de paz institucionalizada y formal. Kaldor (2000) afirma que las condiciones que dieron origen a las nuevas guerras y que son por ellas exacerbadas existen en formas más flojas en la mayoría de los aglomerados urbanos del mundo, que muchas veces tienen relaciones directas con regiones más violentas (Kaldor, 2000). La principal teorizadora de las nuevas guerras poswestfalianas pone en evidencia, así, una importante apertura para la consideración de otros, nuevísimos, escenarios de conflictividad que prolongan los rasgos identificadores de las nuevas guerras.

Los conflictos armados, los regímenes autoritarios y la debilidad estatal tienen una influencia decisiva en la (re)configuración de esa nueva tipología de la violencia. Como destaca Winton (2004), el estado tiene un papel central en las construcciones culturales de la violencia. La normalización de la violencia sólo es posible a través de un sistema de normas, valores y actitudes que permitan y estimulen la utilización de la violencia como instrumento privilegiado para la resolución de conflictos. Este sistema de valores puede invadir los comportamientos en todas las esferas de nuestra vida, haciendo que la violencia sea la norma y no la excepción.

En países salidos de regímenes autoritarios, la reforma policial y del sistema judicial no se realizó de forma correcta, o ni siquiera llegó a realizarse. No hubo, de este modo, un desmantelamiento de las estructuras institucionales de opresión del pasado y, frente a la ausencia de medios institucionales de resolución democrática de conflictos por parte del Estado, asistimos a la perpetuación de antiguos miedos e inseguridades, en una era a la que Winton (2004) llama de «violencia posautoritaria».

Una de las mayores consecuencias de la ineficacia estatal –agravada por la corrupción de actores estatales y por el clientelismo– es la lucha por la ocupación de vacíos de poder institucional emergentes, más que los intentos de reclamación del poder estatal existente. En este contexto, uno de los aspectos más significativos de las novísimas guerras es la variedad de tipos de actores implicados en la violencia, así como los acuerdos y conflictos entre estos diferentes grupos (Moser y McIlwaine, 2004). Varias instituciones y grupos estatales, privados, civiles y criminales están implicados en la lucha por el poder social, económico y político dentro de comunidades –los llamados sistemas de poder paralelos– dando origen a una

forma de violencia en que los conflictos con motivaciones políticas se diluyen en otro tipo de crímenes y violencias. Por otra parte, la respuesta de las autoridades a estas dinámicas se traduce en una «relectura de las relaciones sociales como una cuestión de seguridad» (Bonelli, 2006: 173), que determina una prioridad dada a una policía de intervención (o incluso a una policía militar) más que a una policía de investigación o de proximidad. Eso se concreta igualmente en una evidente militarización de la respuesta, en que consignas políticas («reconquista de los barrios») y utilización de material bélico ofensivo en enfrentamientos rituales típicos de una «rivalidad mimética» (ibídem: 174) son elementos de relieve.

En este contexto, nuestra hipótesis es que en este nuevísimo tipo de conflictividad se cruzan dos dinámicas de sentido opuesto: de un lado, una dinámica descendente traducida en un descenso de violencia armada cada vez más hacia el terreno doméstico; del otro, una dinámica ascendente que se concreta en la intensificación de las formas tradicionales de violencia urbana. La singularidad de esta forma de violencia –que presupone nuevos espacios, y tiene nuevos actores que adoptan nuevas conductas en la concreción de sus objetivos– la distingue de las llamadas nuevas guerras.

Las nuevísimas guerras se distinguen, por tanto, de la simple criminalidad interna de alcance más amplio. La frontera cada vez menos nítida entre la esfera interna e internacional en escenarios de novísimas guerras hace que la definición o la caracterización de esta nueva conflictividad dependan de los lentes o de los filtros con que analicemos estos contextos. Si nos centramos única y exclusivamente en la dimensión interna, veremos poco más que un escenario de criminalidad hiperconcentrada, sin objetivos políticos. No obstante, si entendemos las articulaciones entre estos fenómenos locales y el contexto internacional, veremos que estamos delante de la emergencia de conflictos de tipo nuevo, diseminados a escala global. Al llamar nuevísimas guerras a este tipo de conflicto violento, pretendemos destacar esta diferencia importante.

2.1. La urbanización de la violencia

En la elaboración de Kaldor (2001), las guerras de los años 90 eran políticas debido a la su vocación de poder, y eran, al tiempo, nuevas por la importancia que ocupaban en ellas las reivindicaciones de políticas de identidad, por sus actores y por los métodos utilizados.

Al margen de estas nuevas guerras emergen aglomerados de zonas de paz violenta, o zonas de indefinición, en donde la presencia y manifestaciones constantes de violencia han ido convirtiéndose en realidades en-

démicas. Estas manifestaciones de violencia se asocian frecuentemente a países que sufrieron recientemente una transformación política, o que actualmente viven una fase de transición (Winton, 2004: 166).

América Latina constituye uno de los ejemplos más expresivos de una zona de paz violenta o de indefinición, o de un aglomerado de economías de guerra, que resultó y que sigue alimentando las nuevas guerras. En América Latina, una región marcada históricamente por la violencia –guerras civiles, dictaduras represivas, revoluciones– los procesos de desmilitarización y de democratización de los últimos años no significaron una ruptura con el pasado, o la transición hacia un período de paz y estabilidad (Rodgers, 2002: 2), y la población de los países de la región enfrenta actualmente una violencia mucho más polifacética que la anterior violencia política polarizada característica de los años 80 (Pearce, 1998: 58 en Rodgers, 2002).

Es decir, la paz formal e institucional no significó una disminución de la violencia sino una «democratización de la violencia» (Rodgers, 2003). Según las palabras de Kruij y Koonings (1999: 11), la violencia ha dejado de ser

el recurso de los tradicionalmente poderosos el de los guardianes de uniforme de la nación... [Y] surge como una opción para múltiples actores que persiguen varios tipos de objetivos.

Esa democratización de la violencia toma rostros paradójicos. Véase, por ejemplo, el caso de El Salvador, que entre 1990 y 1995, tras haberse firmado los acuerdos de paz, asistió a un aumento de la tasa de homicidios de 79 a 139 homicidios por cada 100 mil habitantes (Briceño-León, 2002: 13). En Guatemala, los costes económicos de la violencia, en 1999, alcanzaron los 565 millones de dólares, en comparación con la pérdida de 575 millones de dólares del PIB del país como consecuencia de la guerra, entre 1981-1985 (Rodgers, 2002).

Como defiende Briceño-León, empezaron a registrarse más muertes en la calma de la paz que en las tormentas de la guerra (2002: 13).

Pese a las semejanzas en cuanto a objetivos relativamente a lo que Kaldor llamó «nuevas guerras» (control del territorio y de recursos estratégicos), la escala de estas manifestaciones de violencia es distinta. No se trata ya de conflictos territoriales o por recursos que oponen grupos beligerantes que disputan al Estado el monopolio del uso de la fuerza, sino de concentraciones de gran intensidad de violencia en territorios muy limitados, o microterritorios (barrios, comunidades urbanas, zonas subur-

banas), dentro de un contexto nacional de paz aparente, institucionalizada y formal.

Son conflictos que tienen una vocación de poder, es cierto, pero de un poder paralelo, que no pretende sustituir al poder estatal sino cimentarse, en una lógica de pluralismo jurídico e institucional, como control del poder social existente en comunidades delimitadas. Las novísimas guerras son hiperlocales, pero su diseminación y la articulación densa y concreta de muchas de sus dimensiones las han transformado en un fenómeno global.

De hecho, en esta reconfiguración de las manifestaciones y tipologías de la violencia, los espacios urbanos y sus periferias son los territorios elegidos por las novísimas guerras. La revista del *Army War College* de los Estados Unidos publicaba, en 1996, un artículo titulado «Our Soldiers», Their Cities», que incluía las siguientes reflexiones:

The future of warfare lies in the streets, sewers, high-rise buildings and sprawls of houses that form the broken cities of the world [...]. Our recent military history is punctuated with city names – Tuzla, Mogadishu, Los Angeles, Beirut, Panama City, Hué, Saigón, Santo Domingo – but these encounters have been but a prologue, with the real drama still to come.

Se trata de una referencia sin duda importante en el marco de una reflexión sobre la evolución de las formas de conflictividad. Las ciudades de las «nuevas guerras» (como Tuzla o Mogadishu) aparecen mezcladas con ciudades de países en paz (como Los Ángeles o Santo Domingo), lo que confirma la noción de que el recurso a la violencia en larga escala en medios urbanos tiene una larga historia no solamente en áreas de conflicto sino en las maduras democracias liberales del capitalismo avanzado (Lea, 2006: 183). Bristol, Londres, Bradford, Los Ángeles, São Paulo, Río de Janeiro, París o Capetown son iconos de estas «emergencias urbanas» (Bergalli y Beiras, 2006). Ellas corresponden a una combinación entre la radicalización contemporánea del fenómeno de la emergencia de la multitud como actor urbano con la proliferación de *zones de non-droit* (Bremen, 2006), en que la urbanización descontrolada junto con la migración rural masiva, el crecimiento dramático de la economía informal, los salarios bajos y la criminalización estigmatizadora de capas sociales enteras determinan el surgimiento, multiplicación y conexión en red de áreas de anarquía en el marco de metrópolis situadas en países en paz formal.

Como afirma Eduardo Galeano, en relación con Nicaragua, lo más asombroso es la comparación entre el pasado y el presente. Mientras que la paz reinaba en las calles de las ciudades del país durante los años de la guerra, desde que la paz fue declarada las calles se han vuelto escenarios

de guerra, campos de batalla (Galeano, 1998: 314-316). De hecho, y como pone de relieve Esser (2004: 31), la gobernación urbana resulta cada vez más difícil particularmente en zonas de conflicto regionales que han emergido recientemente de guerras de gran escala o en zonas que son golpeadas por incidentes regulares de violencia de gran escala, que proliferan por todo el mundo.

Esta crisis de gobernabilidad, que resulta y tiene como consecuencia el aumento de una nueva tipología de la violencia –urbana, más letal y diseminada, y que dispone de nuevos métodos y actores– ha ido conduciendo a la emergencia de nuevas etiquetas como las de «ciudad fallida», «nuevas selvas urbanas»¹, «urbanización de la guerra» (Esser, 2004) o «urbi-cidio» (Shaw, 2000).

El origen y la expansión de la violencia y crimen urbanos han sido asociados, por la sociología urbana, a procesos de marginalización y de exclusión social y a fenómenos de segregación espacial urbana. Sin embargo, es importante reconocer que además del aumento de los excluidos urbanos y de su alejamiento de los patrones de vida de los incluidos, existe una nítida separación entre dos mundos sociales, pese a su proximidad física. De hecho, las megaciudades representan «el rostro metropolitano de la exclusión social» (Dupas, 1999: 48), porque son depositarias de muchos segmentos excluidos de la población.

Es decir, la «democratización de la violencia» es imperfecta, y algunos sectores y espacios de la sociedad y de la ciudad son más vulnerables a la violencia que otros. Asistimos, por tanto, desde hace unos años, a una reconfiguración de los propios conflictos urbanos. Las revueltas ocasionales de ciudadanía, con objetivos limitados, vividas por las grandes ciudades de los países ricos (Young, 1999), se transforman en guerras civiles, a menudo permanente y militarmente organizadas, en espacios urbanos con mayores desigualdades sociales. El alcance regional y hasta potencialmente global del fenómeno legitima más su percepción como guerra y no como gangsterismo esporádico.

2.2. Conductas y motivaciones de las novísimas guerras

Una de las cuestiones más relevantes en el análisis de las nuevísimas guerras es la identificación de sus causas. Son varios los autores que han desarrollado propuestas explicativas, en particular para el contexto de

1. Moreau, Ron y Zahid Hussain (2002), «Failed cities: terror's urban jungle», *Newsweek International*, octubre 14, página 39, en Esser, 2004: 31.

América Latina (Neto, 2002; Briceño-León, 2002; Tavares dos Santos, 2002; Moser, 2004, entre otros). Existe, actualmente, una relativa unanimidad en cuanto a la multiplicidad de factores que se interrelacionan y subyacen a la violencia urbana dominante en aglomerados de economías de guerra.

Esta violencia emergió en los años 80 y 90 y resulta de la combinación de varios factores: la persistencia de elevados niveles de desigualdad social, las bajas o negativas tasas de crecimiento económico, el elevado índice de desempleo y de empleo precario, el rápido crecimiento de las grandes ciudades y de las áreas metropolitanas, la homogeneización e inflación de las expectativas de los jóvenes que nacen en las comunidades más pobres, la ausencia o fragilidad de infraestructuras urbanas básicas, de servicios sociales básicos y de organizaciones de la sociedad civil en barrios más pobres, la disponibilidad creciente de armas ligeras y drogas, la presencia creciente y cada vez más fuerte del crimen organizado, la cultura de la violencia mantenida y perpetuada por el crimen organizado y por los medios de comunicación y, finalmente, el bajo nivel de eficacia de la policía y de otras instituciones del sistema de justicia criminal.

Moser (2004) defiende que en la identificación de los factores que subyacen a la violencia importa distinguir entre *causas estructurales* y *factores de riesgo* catalizadores de esa violencia. Mientras que las primeras corresponden a las relaciones de poder desiguales existentes en un determinado contexto, los últimos se refieren a determinadas circunstancias de ese contexto que pueden potenciar la probabilidad de que la violencia ocurra. Es decir, las cuestiones de poder y de ausencia de poder son fundamentales para entender los factores causales que subyacen a la violencia (ibídem: 7-8).

De entre esas varias interpretaciones se destaca la metodología adoptada por Briceño-León (1999) –el modelo explicativo complejo de la violencia urbana– que distingue entre *factores que originan*, *factores que fomentan* y *factores que facilitan* la nueva violencia urbana.

Entre los factores que originan la violencia urbana sobresalen la desigualdad social, la pobreza humana, el ocio juvenil, la pérdida de mecanismos de control social tradicionales y la inflación de expectativas – así como la consecuente imposibilidad de satisfacerlas.

Aunque la nueva violencia urbana ocurra principalmente entre los pobres de los grandes centros urbanos –es una violencia de pobres contra pobres– la pobreza no constituye un factor explicativo de este aumento de la violencia, pero sí el empobrecimiento y la desigualdad. De hecho, las tasas más elevadas de homicidios no se registran en los países más pobres de América Latina, como Bolivia o Perú, sino en los países con mayores

índices de desigualdad social y, en particular, en los estados o ciudades con mayores desigualdades en la distribución de recursos (Briceño-León, 2002)². Como refiere Bonelli (2006: 175),

Entre la degradación económica, social y moral de los sectores populares, laminados por treinta años de políticas liberales, y las estrategias policiales –pero también sociales– puestas en práctica para controlar a sus hijos, no faltan razones para que los suburbios exploten. Cabría incluso preguntarse por qué no explotan con más frecuencia.

Algunos autores defienden que esta violencia estructural (reflejada en los índices de desigualdad social) produce violencia reactiva –ya sea criminal o política– como forma de respuesta (Briceño-León y Zubillaga, 2002). En situaciones de amplia desigualdad, la población pobre urbana es subalternada y marginada, y sus condiciones de vida diarias intensifican el potencial para la emergencia de conflictos, crimen o violencia (Vanderschueren, 1996 *en* Winton, 2004: 167). Por otro lado, pocos son los jóvenes que terminan la escolaridad mínima obligatoria,³ y, a causa de la falta de calificaciones, muchos son también los jóvenes que quedan en paro –en Caracas, el 27% de los jóvenes del sexo masculino con edades comprendidas entre los 15 y los 18 años no trabaja ni estudia (Briceño-León, 2002).

Por otro lado, la violencia urbana no se manifestó con la llegada de la población proveniente de los espacios rurales, sino en la segunda y tercera generaciones urbanas. Briceño-León (2002) defiende que ante la democratización del acceso a la información y la homogeneización de las aspiraciones (pero no de las posibilidades) de consumo, la insatisfacción de las expectativas creadas en las generaciones pobres que nacieron en las ciudades emerge también como factor explicativo de la explosión de este tipo de violencia.

La *organización ecológica de las ciudades* (su distribución y diseño geográficos), la *cultura de la masculinidad*, el *narcotráfico* y la *impunidad* son presentados, por Briceño-León (2002), como *factores que fomentan la violencia urbana*.

La nueva tipología de la violencia en América Latina resulta, en general, de la agudización de las violencias estructurales sentidas a lo largo de las últimas décadas, está legitimada por la cultura, tiene nuevas características y se propaga en nuevos espacios.

2. El 24% de la población de América Latina vive con menos de un dólar por día; el desempleo, en la región, ha aumentado del 5,7% en 1990 al 9,5% en 1999. Además, los empleos existentes son, en su mayoría, informales, y, por tanto, precarios (Briceño-León, 2002).

3. Se calcula que de 100 niños que ingresan en el primer grado de la escuela en Bolivia, Brasil, Colombia o Perú, sólo 15 llegan al final del noveno grado (Briceño-León, 2002).

Peter Gizewski y Thomas Homer-Dixon (1995) defienden, con todo, que el crecimiento urbano rápido, en interacción con los factores anteriormente referidos, constituye una de las principales causas de estos nuevos tipos de violencias, directa y estructural. Este crecimiento urbano ha sido acompañado, en particular en las grandes ciudades de América Latina, por una distribución geográfica que fomenta la segregación y la exclusión social.

Como destaca Rodgers, la cuestión de la organización espacial urbana ha sido una cuestión central para el análisis de la «nueva segregación urbana» (Caldeira, 1999 en Rodgers, 2004: 113), o del desarrollo de una nueva forma de organización espacial segregada en las ciudades, íntimamente ligada a una lógica de exclusión social y de privatización de la seguridad, que se manifiesta a través de «enclaves fortificados»⁴, como reacción al aumento del miedo y de la inseguridad.

El narcotráfico es uno de los elementos centrales de las economías políticas de las nuevas guerras, como fuente de financiación y de renovación de la violencia, y forma, por tanto, parte de una amplia economía paralela de ámbito local, nacional, regional e internacional, permitiendo que el conflicto se prolongue y que se convierta incluso en un incentivo al propio conflicto.

América Latina constituye un importante punto de paso (más que de consumo) de este mercado, con todas las consecuencias que eso acarrea. Además de los homicidios directamente asociados al narcotráfico, el comercio de droga genera elevados índices de violencia cotidiana resultantes de la obstrucción de la aplicación de la ley, disponibilidad de armas y creación de una cultura que favorece resoluciones violentas de conflictos, con vista a la satisfacción de intereses económicos (Winton, 2004: 172).

Ante la inflación de expectativas de los jóvenes y la falta de alternativas, el tráfico de drogas y el robo se convierten en medios alternativos, teniendo como herramientas las armas de la violencia. El narcotráfico como elemento de fomento de esta novísima forma de violencia tiene, pues, un estatuto ambivalente. Por un lado, se asume como respuesta local al déficit de cumplimiento de expectativas sociales y como soporte de estructuras fuertemente jerarquizadas de poder. Es, por tanto, un elemento generador –por sus actores y por sus conductas– de la violencia a una escala más micro, o de novísimas guerras. Por otro lado, su centralidad en las novísimas guerras hace que lo local y lo global se crucen claramente.

4. O «espacios de residencia, de consumo, de ocio y de trabajo privados, cerrados y monitorizados, diseñados para aislar a sus ocupantes del crimen y minimizar su inseguridad» (Rodgers, 2004: 113).

Como señala Tavares dos Santos, el aumento de los procesos estructurales de exclusión social conducen a la diseminación de prácticas de violencia como norma social particular, en especial en determinados grupos sociales, como estrategia de resolución de conflictos, o medio de adquisición de bienes materiales y de obtención de prestigio social (2002: 18).

Sin embargo, gran parte de la violencia urbana se atribuye a dimensiones culturales o *construcciones de la masculinidad*, que se hacen más marcadas en jóvenes que se encuentran en una fase de definición de su identidad (Briceño-León, 2002). El ocio, la quiebra de las expectativas y la cultura de la masculinidad contribuyeron a que, a finales del siglo xx, la violencia haya sido la primera causa de muerte en América Latina entre personas con edades comprendidas entre los 15 y los 44 años (Briceño-León, 2002).

Estas dimensiones de la masculinidad no se pueden disociar de la utilización de armas de fuego como sinónimo de estatuto y de poder simbólico. La disponibilidad de armas de fuego, más que una causa de la violencia, promueve el uso de la violencia, y por supuesto su letalidad.

En síntesis, la trayectoria de la conflictividad, entre las viejas, las nuevas y las novísimas guerras puede ser leída como una inversión de los tiempos históricos. A las viejas guerras modernas han sucedido las nuevas guerras premodernas. Estaremos hoy día delante de novísimas guerras que nos hacen entrar en un neomedievalismo en que el subestatal tiene primacía y se dispone en red global?

Bibliografía

- BERGALLI, R. y BEIRAS, I. R. (2006): *Emergencias urbanas*, Barcelona, Anthropos.
- BONELLI, L. (2006): «Acción colectiva y suburbios. Reflexiones sobre el otoño francés de 2005», en R. BERGALLI e I. R. BEIRAS (orgs.), *Emergencias urbanas*, Barcelona, Anthropos.
- BREMAN, J. (2006): «Slumlands», *New Left Review*, II (40).
- BRICEÑO-LEÓN, R. y V. ZUBILLAGA (2002): «Violence and globalization in Latin America», *Current Sociology* 50 (1), 19–37.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (1999): «Violence and the right to kill: public perceptions from Latin America», *Rising Violence and the Criminal Justice Response in Latin America: Towards an Agenda for Collaborative Research in the 21st Century*, 6–9 Mayo, Universidad de Texas, en http://lanic.utexas.edu/project/etext/violence/memoria/session_1.html.

- BRICEÑO-LEÓN, R. (2002): «La nueva violencia urbana de América Latina», en TAVARES DOS SANTOS, J. y M. BAUMGARTEN (eds.) (2002): *Sociologias: Violências, América Latina* (8), julio/diciembre, Porto Alegre, UFRGS.
- COLLIER, P. y A. HOEFFLER (2000): «Greed and Grievance in Civil War», *World Bank Policy Research Paper 2355*, Washington DC, World Bank.
- DUFFIELD, M. (2001): *Global Governance and the New Wars*, Londres, Zed Books.
- DUPAS, G. (1999): *Economia Global e Exclusão Social. Pobreza, Emprego, Estado e o Futuro do Capitalismo*, São Paulo, Paz e Terra.
- ESSER, D. (2004): «The city as arena, hub and prey – patterns of violence in Kabul and Karachi», *Environment & Urbanization*, 16 (2), octubre, 31-38.
- GALEANO, E. (1998): *Patas arriba: la escuela del mundo al revés*, Madrid, Siglo Veintiuno.
- GIZEWSKI, P. y T. HOMER-DIXON (1995): «Urban Growth and Violence: Will the Future Resemble the Past?», *Occasional Paper*, Project on Environment, Population and Security, Universidad de Toronto, 1995, consultada el 12 noviembre 2003 en <http://www.library.utoronto.ca/pes/eps/urban/urban1.htm>.
- JUNG, D. (2003): *Shadow Globalization, Ethnic Conflicts and New Wars. A Political Economy of Intra-State Wars*, Londres, Routledge.
- KALDOR, M. (2000): «Cosmopolitanism and Organised Violence», *Conceiving Cosmopolitanism Conference*, Warwick, abril 2000, 27-29.
- (2001): *New and Old Wars. Organized Armed Violence in a Global Era*, California, Stanford University Press.
- KALYVAS, S. N. (2001): «New» and «Old» Civil Wars: A Valid Distinction?, *World Politics* (54) 1, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 99-118.
- KAPLAN, R. (1994): «The Coming Anarchy: How Scarcity, Crime, Overpopulation and Disease Are Rapidly Destroying the Social Fabric of Our Planet», *Atlantic Monthly*, febrero, 44-76.
- KRUIJT, D. y K. KOONINGS (eds.) (1999): *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Londres, Zed Books.
- LEA, J. (2006): «De Brixton a Bradford: discurso oficial sobre cuestiones raciales y emergencias urbanas en el Reino Unido», en R. BERGALLI e I. R. BEIRAS (orgs.), *Emergencias urbanas*, Barcelona, Anthropos.
- MOSER, C. y C. MCILWAIN (2004): *Encounters with Violence in Latin America: Urban Poor Perceptions from Colombia and Guatemala*, Londres, Routledge.

- MOURA, T. (2005): *Entre Atenas e Esparta. Mulheres, Paz e Conflitos Armados*, Coimbra, Quarteto Editora.
- NETO, P. M. (2002): «Crime, Violence and Democracy in Latin America», *Integration in the Americas Conference*, 2 abril, consultada el 30 marzo 2005 en <http://lail.unm.edu/conference/mesquita.php>
- RODGERS, D. (2003): «Youth gangs in Colombia and Nicaragua: New Forms of Violence, New Theoretical Directions?» en A. RUDQVIST (ed.), *Breeding Inequality – Reaping Violence, Exploring Linkages and Causality in Colombia and Beyond*, Outlook on Development Series, Collegium for Development Studies, Uppsala, 111–141, en <http://www.kus.uu.se/poverty&violence/PovertyViolence.pdf> [28 Mayo 2005].
- (2002): «We live in a state of siege: violence, crime and gangs in post-conflict Nicaragua», *Working Paper Series* nº 02-36, Development Studies Institute, London School of Economics.
- ROMEVA i RUEDA, R. (2003): *Guerra, posguerra y paz*, Barcelona, Icaria editorial.
- SHAW, M. (2000): «New Wars of the City: ‘urbicide’ and ‘genocide’», en <http://www.martinshaw.org/city.htm> [20 marzo 2005].
- TAVARES DOS SANTOS, J. y M. BAUMGARTEN (eds.) (2002): *Sociologias: Violências, América Latina* (8), julio/diciembre, Porto Alegre, UFRGS.
- VAN CREVELD, M. (1991): *The Transformation of War*, New York, Free Press.
- WINTON, A. (2004): «Urban violence: a guide to the literature», *Environment & Urbanization*, 16 (2), octubre, 165-185.
- WORLD VISION (2002): *Faces of Violence in Latin America and the Caribbean*, San José, Costa Rica, World Vision International.
- YOUNG, J. (1999): *The Exclusive Society*, Londres, Sage Publications.